

Análisis filosófico de la constitución de la intersubjetividad a través del discurso público y el discurso oculto

Alan Roberto Rentería Rentería

Juan Pablo Martínez Ponce

Mónica Guevara Torres

Ivonne Esparza Morales

Resumen

El presente capítulo realiza un análisis filosófico sobre la construcción de la intersubjetividad en el marco de la fenomenología hermenéutica y el análisis del discurso, mediante los conceptos de discurso público y discurso oculto. Abordando la intersubjetividad como una estructura ontológica de la persona, el texto explora la forma en que las experiencias compartidas, significados y encuentros interpersonales se entrelazan a través de las diversas formas discursivas. Se distingue entre el discurso público, explícito y directo, y el discurso oculto, que, aunque sutil y no manifiesto, juega un papel crucial en la conformación de las relaciones intersubjetivas. Utilizando el método fenomenológico de Husserl y la analítica de la existencia de Heidegger, este análisis examina la forma en que se constituye una relación intersubjetiva a partir del discurso de dominación y de violencia. Este enfoque proporciona una nueva perspectiva sobre cómo las formas de discurso, visibles e invisibles, configuran las relaciones interpersonales y la estructura social, resaltando la importancia de comprender las expresiones culturales y colectivas que subyacen en el discurso oculto, así como la imposibilidad de una relación ética a partir del mismo.

Palabras clave: Intersubjetividad; Discurso público; Discurso oculto; Violencia; Dominación.

Rentería Rentería, A. R., Martínez Ponce, J.P., Guevara Torres, M., y Esparza Morales, I. (2023). Análisis filosófico de la constitución de la intersubjetividad a través del discurso público y el discurso oculto. En J. Vargas y R. Simbaña Q. (Coords). *Perspectivas de la Investigación. Explorando las complejidades de América Latina a través de estudios de caso* (pp. 187-208). Religación Press. <http://doi.org/10.46652/religacionpress.107.c69>



Introducción

La intersubjetividad es un concepto fundamental dentro de la filosofía, la sociología, la psicología y otras disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales. Por intersubjetividad entendemos la relación de las personas entre sí, compartiendo experiencias, significados, encuentros e ideas, es decir, el mundo de las relaciones interpersonales. En el ámbito de estas relaciones, el discurso tiene un lugar preponderante, pues se convierte en una forma primaria de interacción entre los individuos. Sin embargo, el discurso no solamente es una forma de interacción, sino que a su vez construye estas interacciones, formando una parte indispensable de la construcción de toda estructura de intersubjetividad. En este sentido, encontramos que no solamente existe un tipo de discurso.

Cuando se piensa en discurso, el primer concepto que viene a la mente es la palabra dicha seguida del lenguaje corporal. Este discurso visible es, en ocasiones, más sencillo de interpretar por ser totalmente explícito. Sin embargo, también existe el discurso que no se ve: todo aquello que no se hace presente de forma directa, pero que puede leerse entre líneas. De la misma manera, así como existen diversas formas discursivas, también existen otras formas de construir relaciones intersubjetivas que no provienen del intercambio directo entre los seres humanos, sino que se acentúan en lo tácito, como la fantasía y el deseo. En esta investigación pretendemos analizar cuál es la forma de construcción intersubjetiva a través del discurso público y el discurso oculto, y sostendremos la hipótesis de que una relación humana creada desde el discurso oculto es no solo éticamente reprochable, sino también socialmente más peligrosa que las creadas en los discursos frontales.

Resulta evidente que una relación intersubjetiva construida a partir de cualquier discurso público de dominación, es decir, desde el discurso oficial que intenta someter al prójimo, tiene lamentables consecuencias humanas, individuales y comunitarias. Para el sentido común, la oficialización del maltrato hacia los ciudadanos, las comunidades o las personas en lo particular es, ya de por sí, peligrosa e indignante. Sin embargo, en este análisis observaremos que la conformación de la intersubjetividad a través del discurso oculto encierra en sí características más peligrosas que las del discurso público de dominación.

Para realizar este análisis filosófico, partiremos del esclarecimiento de las características de la conformación de intersubjetividades y su relación con la conformación discursiva. Lograr una aprehensión de la estructura interrelacional, es decir, una forma descriptiva general de relaciones entre los seres humanos nos permitirá establecer un nexo directo con la conformación del discurso. Con esto en mente, es necesario explorar el concepto filosófico de intersubjetividad. Este recorrido se enmarca en la teoría de la analítica de la existencia de la fenomenología hermenéutica, pues a partir de este método se logra la captación de las estructuras ontológicas del ser humano. Si podemos captar el *eidós* de las relaciones con los demás, presenciaremos una parte importante de la conformación discursiva y, con ello, lograremos acceder a las formas de conformación intersubjetiva desde el discurso.

Intersubjetividad y discurso

Originalmente, el término de intersubjetividad nace para dar

cabida a las teorías epistemológicas respecto a la conformación del conocimiento con relación al sujeto – objeto y la búsqueda de leyes universales. Desde este punto de partida, la epistemología clásica y el método científico se alzan en la búsqueda por la posibilidad, la construcción y la constitución del conocimiento. Durante la modernidad la epistemología da un vuelco con el giro trascendental kantiano, el cual otorga una supremacía epistemológica al sujeto; el conocimiento ya no se encuentra principalmente en el objeto sino en el sujeto cognoscente. Con esto, se vuelve necesaria una validación objetiva del conocimiento, so pena de instalarse en una subjetividad abstracta. Esta validación forma parte de la propia intersubjetividad.

Sin embargo, el problema de la intersubjetividad no es una de las cuestiones principales durante la modernidad. Este tema entra en escena a comienzos del siglo XX, en donde escuelas de pensamiento como la fenomenología de Husserl, o la fenomenología hermenéutica de Heidegger dotan al pensamiento de nuevas categorías, con lo cual cambia el lenguaje antropológico para referirse a la intersubjetividad. Edmund Husserl confiere a la filosofía un método con más rigor y con ello abre la posibilidad para una exploración distinta de la constitución de las relaciones interpersonales.

Esta nueva posibilidad se ve expresada en corrientes filosóficas posteriores a la fenomenología, como el personalismo y algunos existencialismos, en donde el tema de la intersubjetividad sí tiene un papel central. Durante el conflictivo periodo de entreguerras en Europa, se vuelve primordial indagar sobre la interrelación personal y sus posibilidades éticas. Emmanuel Mounier, quien es

considerado el precursor del personalismo comunitario, señala en uno de sus libros que “el tema del otro es una de las grandes conquistas del existencialismo” (1987, p. 22). También lo es de diversas corrientes de pensamiento del siglo XX.

Sin embargo, a pesar del método fenomenológico de Husserl y de las posibilidades de la analítica de la existencia de Heidegger, el sujeto en sentido epistemológico seguirá teniendo una supremacía hegemónica, ejemplo de ello son las ciencias exactas. No será sino hasta la irrupción de perspectivas como el estructuralismo, el análisis del discurso y el decolonialismo, cuando el sujeto epistémico comienza a descentralizarse. Ernesto Laclau se posiciona en esta idea, al afirmar que precisamente la construcción del discurso rompe con la primacía del sujeto:

El modo en que el hablante organizaba sus enunciados ya no pudo ser concebido como la expresión de los caprichos de un sujeto enteramente autónomo, sino, como determinado en gran medida por la forma en la cual están estructuradas las instituciones, por lo que es decible en ciertos contextos. (1993, p. 11)

La afirmación anterior es sumamente importante, pues de ella se derivan dos implicaciones. En primer lugar, se da paso a una conformación del discurso desde la intersubjetividad y no desde la subjetividad aislada. Es decir, cualquiera que construya un discurso (sin importar su lugar social o posición de poder) estará necesariamente relacionado con el otro. Existe, por tanto, una especie de desvanecimiento de la autonomía subjetiva. Por otro lado, las instituciones y los contextos aparecerán como condiciones *sine qua*

non para la construcción de discursos. Con ello afirmamos que la intersubjetividad guía toda construcción discursiva y a su vez, en una relación concomitante, una intersubjetividad también puede construirse a raíz del discurso.

Esta perspectiva no es del todo nueva, pero sí merece investigarse a fondo desde nuevas perspectivas de nuestra sociedad contemporánea. María Morales, por ejemplo, en un artículo titulado *Discurso, performatividad y emergencia del sujeto: Un abordaje desde el post-estructuralismo*, aborda la forma en que las identidades, tanto individuales como colectivas, son inestables y sujetas a procesos constantes de resignificación, y argumenta que las identidades son efectos de relaciones de poder y están marcadas por la posibilidad de ser redefinidas y desestabilizadas. En este texto se aborda ampliamente la idea de cómo el discurso forma parte de la constitución del sujeto y de la intersubjetividad (2013).

Van Dijk, por su parte, hace un señalamiento similar respecto a la conformación de ideologías: “así como no hay ningún idioma privado, no hay ninguna ideología privada o personal. De allí que los sistemas de creencias son socialmente compartidos por los miembros de una colectividad de actores sociales” (2005, p. 10). Sin embargo, a la hora de hacer una indagación más profunda se debe analizar a qué tipo de discurso nos referimos. Para guiar nuestra investigación habremos de tomar en cuenta la distinción hecha por James Scott entre el discurso público, entendido como el discurso directo que se lee sin intermediarios desde las palabras y acciones, y el discurso oculto, aquel que es sutil y se encierra en el pensamiento, la fantasía y que no es oficializado.

Ahora bien, si hemos dicho que el discurso determina la construcción de una intersubjetividad, nos centraremos en una pregunta fundamental: ¿Es posible una construcción de la intersubjetividad a partir del discurso oculto? Para lograr responder este cuestionamiento deberemos atender, al menos de manera general, cuál es la estructura ontológica de la intersubjetividad.

Estructuras ontológicas: la conformación de la subjetividad

El método fenomenológico establecido por Edmund Husserl marca un hito en la filosofía del siglo XX, pues permite una nueva forma de ver la antropología desde la descripción, y no desde el esencialismo. Más adelante, Heidegger, siguiendo algunas pautas fenomenológicas y a través del giro hermenéutico, describe la analítica de la existencia en *El ser y el tiempo*, un texto fundamental para comprender las estructuras ontológicas del ser humano. Estos dos autores ejercerán tanta influencia en el pensamiento filosófico que, al menos toda antropología filosófica posterior, necesitará hacer una revisión respecto al este nuevo lenguaje. A partir de la antropología no esencialista, el ser humano ya no podrá ser concebido de forma reduccionista, acaparando características esenciales, sino que será visto en cuanto existente. La analítica de la existencia no propone un estudio del *anthropos* como objeto ni como sujeto, sino como ser-en-el-mundo. El mundo, por lo tanto, deja de ser visto como un lugar dado a posteriori, para convertirse en el espacio de la existencia y de las relaciones con los otros.

Esta aprehensión del ser humano como un ser-en-el-mundo es precisamente la forma que posibilita un profundo análisis de la intersubjetividad. Los existenciaristas, término introducido por Heidegger, se configuran como una suerte de posibilidades que construyen el significado de lo humano y que compenetran ontológicamente su existencia. Así, la pregunta antropológica sobre la característica esencial del ser humano se ve superada a través de las estructuras ontológicas: ser-para-la-muerte, cuidado, comprensión, estado anímico, etc. Pero sin duda el más importante para comprender la intersubjetividad es el existenciarista del *Mitsein* o coestar (Heidegger, p. 158)

Si los existenciaristas describen las posibilidades de la existencia del ser humano, el coestar pone de relieve que el *Dasein* (término heideggeriano para referirse al hombre) no se encuentra solo en el mundo. Aunque la idea no es nueva, la forma en que es captada como estructura ontológica sí lo es. El *anthropos* no solo se encuentra rodeado de otros seres iguales a él, sino que el núcleo de la relación con los demás forma parte de su mismo núcleo que lo constituye como ser humano. La analítica de la existencia nos recuerda que la persona no es una mónada, sino una apertura, aunque esta misma apertura lo coloque en un estado de vulnerabilidad.

A pesar de que la aparición del otro resulte fenoménicamente evidente, encontrar sus estructuras requiere de un análisis más profundo. La novedad de la estructura del coestar no radica en subrayar la existencia de los otros, sino en la conformación de la existencia propia a partir de los otros. Así, determinar una conformación intersubjetiva a través del discurso no es una tarea menor, sino

que requiere, por lo menos, una perspectiva antropológica basada en el desvanecimiento de la antropología esencialista. Al mismo tiempo, se debe comprender la forma en que las discursividades configuran a la persona en su cotidianidad.

El discurso público y el discurso oculto

En el libro titulado *Los dominados y el arte de la resistencia*, James Scott pone de manifiesto los modos de relación entre los dominados y los dominantes. Precisamente el hilo conductor de este texto es la diferencia entre discurso público y discurso oculto y su papel en la construcción de intersubjetividades. Por un lado, el discurso público es la relación “oficial” que se da entre “el amo y el esclavo”. Se debe hacer hincapié en que Scott se refiere varias veces a la relación entre amo-esclavo, señalando ocasionalmente a los esclavos negros. Sin embargo, esta relación de dominado-dominador no se da exclusivamente desde un ámbito de esclavitud, sino desde cualquier relación de poder. Por otra parte, el discurso oculto se conforma a través de aquellas expresiones culturales y colectivas de desprecio y/o sublevación que tienen los dominados y que no necesariamente se externan, al menos no públicamente. El discurso público es visible, mientras que el discurso oculto es sutil.

¿Cuáles son las consecuencias del discurso oculto, y específicamente, de qué manera se puede conformar una intersubjetividad a partir de él? Esta es la pregunta total de nuestra investigación. Antes de intentar responderla, debemos esclarecer algunos puntos de suma importancia señalados por Scott en su texto. El autor

inicia el apartado de las bases del discurso oculto de la siguiente manera:

Lo que tal vez no sea bastante claro es que, en cualquier sistema bien establecido de dominación, no basta con ocultar los sentimientos propios y suplirlos con frases y gestos adecuados. Más a menudo, se trata de controlar lo que sería el impulso natural. (2000, p. 63)

Según Scott, en el discurso de dominación se intenta que el dominado suprima todo instinto natural, inclusive de supervivencia. Con esto, los dominadores intentan silenciar no solo la voz de las personas, sino todas las dimensiones de estas.

Para Scott, esta supresión hace caer al dominado en una especie de dilema existencial, pues ante la defensa propia de sus derechos se pone en juego la vida. En una situación de dominados y dominadores, protestar no se trata solamente de extender pancartas y consignas, sino de arriesgarse al castigo o incluso a la muerte:

Para la mayoría de los oprimidos de la historia, ya sean intocables, esclavos, siervos, prisioneros o minorías despreciadas, el truco para sobrevivir, que de ninguna manera se puede decir que haya sido siempre infalible, ha consistido en tragarse la propia bilis, reprimir la rabia y conquistar el impulso de la violencia física. (2000, p. 64)

En esta frase se encierra uno de los puntos clave de la constitución de la intersubjetividad desde el discurso: la supresión de la expresión del dominado es una de las bases para la conformación del discurso oculto. A los dominadores no solo les basta con suprimir los actos de los dominados, sino que intentan suprimir toda

su existencia. Sin embargo, mientras que los actos son suprimidos en público, la existencia es suprimida ocultamente. Podemos ver el planteamiento fundamental en esta idea: mientras que el discurso público domina las acciones de los individuos, el discurso oculto los aniquila, no solo a sus acciones, sino a ellos mismos en todas sus posibilidades. Por lo tanto, la raíz de los actos oficiales de dominación dentro del discurso público es el lugar de la gestación del discurso oculto.

Esta es una de las razones por las que el discurso oculto es más peligroso: mientras que el discurso público es unilateral, el discurso oculto es bilateral, pues no solo el dominador desea aniquilar la existencia del dominado, sino que, en el espíritu del discurso oculto, el dominado también desea aniquilar a su dominador. Aunque el discurso público oficial de supresión es terrible, el discurso oculto es aún peor, pues es generador de una doble violencia, ya que en él existe un deseo mutuo por infligir daño al otro. Con ello, las consecuencias de la violencia sistemática han ocurrido; el deseo de supresión de las libertades y dignidad humana no se expresa ya solamente por parte de los dominadores a los dominados, sino también a la inversa.

Aunque en la actualidad la esclavitud no está permitida legalmente, seguimos observando muchas formas de vejaciones contra los seres humanos. En una sociedad violenta, el discurso público puede ser expresado en el abandono o descuido a las personas, mientras que el discurso oculto es invisible y se gesta en el odio y la palabra no dicha; la violencia se instaure mediante el silencio. Hannah Arendt, en su libro *La condición humana*, hace un señala-

miento similar, pues observa que el cese del diálogo es una de las conformaciones del inicio de la violencia.

Desde una perspectiva ética de toda filosofía de la alteridad, el diálogo es el inicio para la constitución de toda relación intersubjetiva. En contraparte, el silencio como contraposición a la expresión, es la forma en que la relación intersubjetiva se aleja de la ética hacia la dominación. Mientras que en el discurso público se somete al dominado mediante la fuerza o mediante la propia política, en el discurso oculto se le silencia para extinguirlo por completo, no solo su corporalidad, sino sus ideas y expresiones. Dentro de la clase del *Curso del 7 de enero de 1976*, Michel Foucault hace un señalamiento particularmente interesante: “El poder político, según esta hipótesis, tendría el papel de reinscribir, perpetuamente, esta relación de fuerza mediante una especie de guerra silenciosa, de inscribirla en las instituciones, en las desigualdades económicas, en el lenguaje” (2000, p. 136). Desde la perspectiva foucaultiana estos mecanismos “silenciosos” de poder son en toda la extensión de la palabra mecanismos represores. Con ello hemos confirmado que la represión desde el discurso oculto y el silenciamiento es doblemente peligrosa, pues al perpetuar la violencia, esta no cesa con un cambio político. En un sistema violento los dominados se vuelven dominadores, tan pronto tienen oportunidad.

Lamentablemente, en las sociedades contemporáneas la operación de ambos discursos de dominación es muy notoria. El discurso público de opresión se da a través de una forma institucional de despojo; políticas públicas fallidas, corrupción desmedida, engaños populistas. Mientras tanto, la instauración de la violencia

sistemática se completa mediante el discurso oculto como una forma de rechazo y deseo de venganza. Como lo señaló Foucault, la instauración de la guerra silenciosa como medio de represión es precisamente silenciosa en el sentido en que no puede expresarse a los cuatro vientos: ningún instrumento político puede decirse oficialmente represor. La represión y el odio se dan mayoritariamente en el silencio y en el ocultamiento. Lo mismo sucede con la conformación cultural de las sociedades oprimidas en el discurso oculto: en la relación directa y oficial entre amo y esclavo, la única expresión posible será la de aceptación y sometimiento, mientras que el odio generado y la “fantasía” de venganza se quedan en el silencio.

La necesidad de la conformación de la relación intersubjetiva a través de la positividad

A partir del discurso oculto, la única construcción intersubjetiva posible es una llevada a través del silencio y, por lo tanto, desde la negatividad. Ahora debemos explicar esta formulación con más detalle. Desde un punto de vista fenomenológico, la constitución del otro no puede darse como una forma de interrelación completa si se hace negativamente, es decir, desde el reconocimiento del otro como alguien totalmente ajeno o como un no-yo. Es imposible conformar la propia subjetividad en un carácter de reconocimiento total de la existencia completa a partir de una estructura de negación de la subjetividad ajena.

Para sustentar la afirmación anterior, podemos acudir a dos importantes autores, quienes en su filosofía esgrimen las bases para

la descripción de la constitución de la persona. Heidegger en los párrafos 24 y 25 de *Ser y Tiempo* afirma que el reconocimiento del otro como no-yo implica una carencia de la propia yoidad, por lo que ontológicamente es imposible completar la subjetividad desde la intersubjetividad reconocida negativamente (2022). Por su parte, la filósofa Edith Stein sugiere que, debido a la forma operante de la empatía, el reconocimiento del prójimo como un no-yo es una forma precaria de intersubjetividad: “él se muestra como otro respecto a mí en tanto que me está dado de otra manera que yo: por eso es un tú; pero se vivencia tal como yo me vivencio, y por eso es el tú otro yo.” (2004, p. 56). Para Edith Stein, la única diferencia entre yo y el otro-yo es la forma en que cada uno vivencia sus experiencias. Sin embargo, no existe una diferencia ontológica entre el yo y el otro, por lo que la intersubjetividad en su estructura básica solo es posible desde la positividad, es decir, desde la afirmación del prójimo, no desde su negación.

Hemos llegado así a una postura antropológica en la cual la apertura del ser humano, entendiéndose la apertura al mundo como una apertura hacia los otros, se convierte en una forma básica de constitución de las relaciones humanas. En este sentido, el reconocimiento positivo de la alteridad solamente se puede dar si al mismo tiempo acontecen todas las demás estructuras del *anthropos*, como la responsabilidad y el cuidado. No nos encontramos en un mundo solos, ni rodeados de personas completamente ajenas, sino en una condición de intercambio y de reconocimiento de las libertades de los demás.

Esto nos transporta de nueva cuenta a nuestra idea original: la conformación del discurso solo es posible si se toma en cuenta la condición relacional del ser humano; un *anthropos* que existe en relación con otros *anthropos*. Por ello, la condición relacional o estructura intersubjetiva se construye a través del discurso, a su vez que el discurso se gesta desde las relaciones intersubjetivas. Aunque este pareciera una tautología, en realidad se trata de una idea muy simple que se comprende cuando es llevada a la concreción: las relaciones con los otros están influenciadas por el discurso, y el discurso está influenciado por las relaciones con los otros. Puesto que esta es una condición tanto del discurso como de la intersubjetividad, se vuelve ahora evidente que una construcción intersubjetiva desde el discurso oculto daña directamente a la persona, pues es una construcción desde la negatividad. Es decir, escapa de toda praxis ética, pues la negación del ser humano como un fin en sí mismo evade cualquier reconocimiento ontológico de los derechos de la persona.

En resumen, podemos afirmar que, mientras que la construcción ontológica de toda relación está mediada por el discurso, la praxis y las particularidades de esas relaciones humanas están dadas en su cotidianeidad desde cualquiera de las formas discursivas: públicas u ocultas. Sin embargo, mientras que el discurso público de dominación tiene límites, el discurso oculto es un generador de odio y violencia sin topes de ningún tipo, pues al existir en el silencio y la fantasía, puede escalar rápidamente sin que nadie se percate de ello. Por ello, es necesario que, en una praxis social ética, la conformación de las relaciones entre los individuos se dé a través de la postividad; el reconocimiento de los otros como semejantes, no como ajenos.

La dominación: El discurso público y oculto como un precario reconocimiento negativo de la intersubjetividad

En los apartados anteriores sustentamos la idea de que la conformación plena -ontológica y estructuralmente hablando- de cualquier intersubjetividad se dará solamente desde un reconocimiento positivo de la alteridad, puesto que un reconocimiento del otro desde la negatividad no da cuenta de todas las estructuras del propio yo, ni las del otro.

Ahora bien, debemos decir que, tanto desde el discurso oculto como desde el discurso público, se posiciona el reconocimiento de la alteridad en una forma muy específica. En primer lugar, el hecho de que desde el discurso oculto no exista una expresión libre del deseo, sino que este tenga que recurrir a la fantasía, no da lugar a ninguna expresión de lenguaje significativo, es decir, uno a través del cual le sea posible al individuo interactuar desde la libertad. En segundo lugar, esta supresión misma del lenguaje y la necesidad de recurrir a la fantasía o al ocultamiento, no dan lugar a un reconocimiento del otro como otro-yo. Toda empatía con la dignidad de la persona queda vedada en el momento en que, a través del sometimiento, no se reconoce en el otro ni la libertad ni la dignidad de que es poseedor. Por lo tanto, aparece una imagen distorsionada del otro como alguien que no es yo, y que por ende me es completamente ajeno. Este es un principio de individuación y alejamiento de la situación de los demás, que no permitirá acceder éticamente a las formas de relación; alguien que me es completamente extraño no forma parte de mi interés ni de mi cuidado. De esta forma, una construcción de la intersubjetividad desde el ocultamiento será siempre precaria y tendiente a la violencia.

Lo mismo ocurrirá con la conformación del discurso público cuando este es de sometimiento. La aceptación generalizada de la esclavitud, por ejemplo, no permite tampoco el reconocimiento del otro como otro-yo. Aunque en la actualidad, como hemos dicho, la esclavitud no es legal, las formas de esclavitud han evolucionado para seguir operantes ocultamente. De hecho, la forma en que el discurso público actúa, imposibilita un reconocimiento de la dignidad del otro en forma totalmente cegadora: la oficialización de los medios de supresión impide a las personas el reconocimiento de la violencia y, por tanto, la posibilidad de detenerla o de no formar parte de ella.

En tanto que se da colectivamente, la conformación de la relación intersubjetiva en el discurso oculto despoja, aparentemente, al sujeto de la responsabilidad de la acción. Al respecto, Slavoj Žižek afirma que “Para decirlo de un modo algo crudo, la mención de la complejidad de las circunstancias sirve para librarnos de la responsabilidad de actuar” (1994, p. 11). Es decir, la responsabilidad queda aparentemente suprimida cuando se sostiene en un actuar colectivo.

Desde esta perspectiva es válido cuestionarnos por qué la pregunta de investigación de este ensayo gira en torno a la construcción de la intersubjetividad solamente desde el discurso oculto, si es evidente que nos encontramos con un problema similar al hablar del discurso público de dominación. Inclusive, el hecho de la oficialización del maltrato pareciera ser aún más grave. La respuesta a esta objeción la encontramos en el hecho de que, como lo hemos aclarado, una condición para la conformación de la intersub-

jetividad es la expresión, y cuando la expresión queda suprimida o es totalmente sutil, se vuelve completamente complicado acceder a sus formas de actuación y, por lo tanto, igualmente complicado desenmascararlas. Por lo tanto, si la intersubjetividad lleva consigo la inseparable estructura de la expresión, y el discurso oculto es precisamente un ocultamiento de la expresión de la dignidad a través del silencio, el aparecer de las relaciones intersubjetivas desde el discurso oculto dificulta en mucho mayor medida el escape de la violencia.

Es cierto que desde el discurso público de dominación no existe tampoco un reconocimiento de la dignidad del otro, llevándonos así a una identificación de la alteridad desde la negatividad. Sin embargo, en tanto que este discurso es precisamente público, se da una relación -aunque precaria- que permite una construcción intersubjetiva mediante una expresión oficial. Este aparecer de la relación intersubjetiva menesterosa mediante el discurso público es entonces evidente y se vuelve más fácil de señalar. Así, va acompañada desde su inicio de una posibilidad liberadora, a pesar de la negación de los derechos del otro individuo, mientras que en el discurso oculto dicha posibilidad solo aparece en una tarea sumamente ardua que no siempre llega a completarse. En este sentido, la violencia estructural y sistémica es más difícil de reconocer y, por tanto, de eliminar, que la violencia directa.

Rodríguez y Crippa proponen una revisión crítica de la noción de violencia, destacando sus múltiples dimensiones y formas. Las autoras examinan la forma en que los procesos invisibles y los patrones normalizados de violencia están interconectados a través

del tiempo y el espacio con tipos más evidentes de violencia. Este análisis proporciona una comprensión profunda de la violencia, no solo como un fenómeno observable y medible, sino también en sus aspectos más sutiles y profundamente arraigados en la sociedad y la cultura (2023, p. 20). Así, se encuentra una relación directa entre violencias sistemáticas y estructurales, discurso y dispositivos de poder.

Las dificultades del reconocimiento del discurso oculto obstaculizan totalmente una conformación intersubjetiva ética, y si cualquier estructura relacional aparece, nacerá a partir de las bases de las cuales nace el mismo discurso oculto: la mutilación del lenguaje, el odio y el deseo de venganza. Una relación intersubjetiva desde el ocultamiento o la negatividad, es decir, aquella que no reconoce las libertades ajenas pues simplemente no las capta, será por tanto la relación intersubjetiva más precaria de la cual podamos dar cuenta: una relación enmarcada en la violencia estructural.

Conclusión

Con el entendimiento de la estructura ontológica de la relación intersubjetiva y su constitución desde el discurso, queda en evidencia que los alcances de una relación intersubjetiva precaria cuya raíz es el discurso oculto, es más peligrosa que cualquiera que nazca del discurso público de dominación, pues puede crecer ilimitadamente hasta volcarse hacia todos los que rodean al sujeto, y no solamente de una clase social a otra.

En la actualidad, podría decirse que el discurso oculto se vuelve cada vez más público, debido a la “libre” expresión de las personas en las redes sociales. Sin embargo, el carácter público del discurso no solo radica en su expresión ante los demás, sino en su oficialización. Por ello, aunque en las redes podamos observar todo tipo de comentarios de odio, estos se gestan desde la individualidad del deseo y la fantasía de violencia. Más que nunca, las redes sociales nos han permitido evidenciar la estructura intersubjetiva violenta que crece desde el deseo de odio y supresión de los individuos, es decir, desde el ocultamiento.

Por ocultamiento, por tanto, ya no solo entendemos aquello que no sale a la luz, sino todo discurso que se gesta desde el deseo personal de aniquilación en contra de los dominadores y viceversa; un discurso que se enmarca en la espiral de violencia en su totalidad. Por ello, para una construcción de políticas de no violencia es necesario, en su totalidad, el análisis filosófico que permita una descripción profunda de las estructuras y sistemas de las sociedades en sus particularidades.

Referencias

- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad. Curso del 7 de enero de 1976*. Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2022). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (1993). *Discurso*. Goodin Robert & Philip Pettit.

- Morales, M. (2014). Discurso, performatividad y emergencia del sujeto: Un abordaje desde el post-estructuralismo. *Revista Athenea Digital*. 333-354. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenead/v14n1.884>
- Mounier, E. (1987). *Introducción a los existencialismos*. Guadarrama.
- Rodríguez, B., Crippa M. (2023). Discursos y diálogos sobre violencia. *Revista Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad*, 30(87). <https://doi.org/10.32870/eees.v30i87.7334>
- Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Era.
- Stein, E. (2004). *El problema de la empatía*. Trotta.
- Van Dijk, T. (2005). Ideología y Análisis del discurso. *Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social*. <https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/2703>
- Zizek, S. (1994). *Ideología, un mapa de la cuestión*. Fondo de Cultura Económica.

Philosophical analysis of the constitution of intersubjectivity through public discourse and hidden discourse

Análise filosófica da constituição da intersubjetividade por meio do discurso público e oculto

Alan Roberto Rentería Rentería

Universidad Autónoma de Chihuahua | Chihuahua | México

<https://orcid.org/0000-0001-9601-5028>

rrenteria@uach.mx

Juan Pablo Martínez Ponce

Universidad Autónoma de Chihuahua | Chihuahua | México

<https://orcid.org/0009-0002-0711-8530>

jpmartinez@uach.mx

Mónica Guevara Torres

Universidad Autónoma de Chihuahua | Chihuahua | México

<https://orcid.org/0000-0002-1652-2845>

mguevara@uach.mx

Ivonne Esparza Morales

Universidad Autónoma de Chihuahua | Chihuahua | México

<https://orcid.org/0000-0001-5216-0223>

iemorales@uach.mx

Abstract

This chapter conducts a philosophical analysis of the construction of intersubjectivity within the framework of hermeneutic phenomenology and discourse analysis, using the concepts of public discourse and hidden discourse. Addressing intersubjectivity as an ontological structure of the person, the text explores how shared experiences, meanings, and interpersonal encounters are intertwined through various discursive forms. It distinguishes between public discourse, which is explicit and direct, and hidden discourse, which, though subtle and unmanifested, plays a crucial role in shaping intersubjective relationships. Utilizing Husserl's phenomenological method and Heidegger's analytics of existence, this analysis examines how an intersubjective relationship is constituted from discourses of domination and violence. This approach provides a new perspective on how forms of discourse, both visible and invisible, shape interpersonal relationships and social structure, highlighting the importance of understanding the cultural and collective expressions underlying hidden discourse, as well as the impossibility of an ethical relationship arising from it.

Keywords: Intersubjectivity; Public Discourse; Hidden Discourse; Violence; Domination